

EL TERREMOTO Y TSUNAMI DE 1835 EN CONCEPCIÓN Y LA FRONTERA DEL RÍO BIOBÍO: DESTRUCCIÓN, RELOCALIZACIÓN, TRASLADOS Y NUEVAS INVERSIONES*

THE EARTHQUAKE AND TSUNAMI OF 1835 IN CONCEPCIÓN AND THE BORDER OF THE
BIOBÍO RIVER: DESTRUCTION, RELOCATION, TRANSFERS AND NEW INVESTMENTS.

Carlos Eduardo Ibarra Rebolledo**

Resumen

El terremoto de 1835, que afectó con más fuerza a la zona comprendida entre Talca y Valdivia, ha sido entendido como un hito natural que marca un antes y un después en la historia de una de las ciudades – y su hinterland – situadas en dicho marco geográfico: Concepción. Asolada previamente por la guerra de independencia y la guerra a muerte, la provincia de Concepción se mantuvo prácticamente inactiva hasta el fin del contexto bélico, luego de lo cual reactivó sus circuitos comerciales. Sin embargo, el sismo referido entorpeció todo lo realizado, lo que se vio agravado por la migración de antiguas familias penquistas a Santiago y a que los arrabales se llenaron de familias campesinas pobres, acrecentando la crisis socioeconómica. Contra todo pronóstico, se pudieron reactivar y modernizar antiguos rubros económicos, lo que lleva a entender este fenómeno telúrico no solo como sinónimo de desastre, sino que también de nuevas oportunidades, como fue la actividad de la molinería del trigo. En el presente artículo, hemos concentrado nuestra mirada en la zona costera de la provincia penquista, conocida por las comunidades mapuches como *lafkenmapu*, y ocupado como fuente fundamental los oficios contenidos en el fondo Ministerio del Interior del Archivo Nacional Histórico en Santiago de Chile.

Palabras claves: terremoto, tsunami, sectores populares, inversionistas, frontera, Concepción.

Abstract

The Earthquake of 1835 that affected with more understood the area between Talca and Valdivia as a natural landmark that marks a before and after in the history of one of the cities – and its hinterland – located in the geographical frame: Concepción. Previously affected by the Guerra a Muerte, the province of Concepción remained practically inactive until the end of the war, after which it reactivated its commercial circuits. However, the aforementioned earthquake hindered everything that had been done, which was aggravated by the migration of former penquista families to Santiago and why the suburbs were filled with poor peasant families, increasing the socioeconomic crisis. Against all odds, it was possible to reactivate and modernize old economic sectors, which leads us to understand this telluric phenomenon not only as a synonym for disaster, such as the activity of the wheat mill. In this article, we have focused our attention on the coastal area of the Penquista province, known by the Mapuche communities as Lafkenmapu, and occupied as a fundamental source the offices contained in the Ministerio del Interior in the Archivo Nacional Histórico in Santiago de Chile.

Keywords: earthquake, tsunami, popular sectors, investors, border, Concepción.

Fecha de recepción: 21-12-2020 Fecha de aceptación: 24-05-2021

Como bien se sabe, los terremotos por subducción (Strahler, A., 1989: 231, 234; Strahler, A., 2004: 295) son causados en nuestro país por el choque de dos placas tectónicas (Nazca y Sudamericana), lo que genera procesos de hundimiento de una (Nazca) bajo la otra (Sudamericana). Cada vez que esto ocurre, se genera una liberación de energía, que puede variar desde un leve hasta un fortísimo movimiento, siendo estos últimos llamados terremotos que, dada las condiciones, pueden también dar origen a un tsunami, es decir,

marejadas producidas por impulsos de agua (Strahler, A., 2004: 212). No está clara la vinculación de los terremotos con las erupciones volcánicas, pese a algunas coincidencias a lo largo de la historia sísmica y volcánica de nuestro territorio, aunque existen planteamientos sobre el particular, algo propio en todo caso de la dinámica del llamado Cinturón de Fuego del Pacífico que abarca desde el sureste asiático e incluye toda la costa occidental del continente americano (Strahler, 2004: 295).

* Investigación derivada del proyecto de grado del autor titulada "La ocupación del lafquenmapu norte desde la mirada de la historia ambiental, 1819-1862", realizada en el marco de sus actuales estudios en el Programa de Doctorado en Historia de la Universidad de Concepción.

** Universidad de Concepción. Concepción, Chile. Correo electrónico: cibarra@udec.cl

En las zonas costeras, la conjunción de terremotos y tsunamis suele ser desastrosa (Fernández, 2007), debido al impacto y daño que provoca el ingreso de las olas sobre las poblados, bastante mayor que los daños estructurales de un sismo. Por ello Cinna Lomnitz no duda en señalar que la zona de subducción que acompaña la costa de Chile debe ser catalogada como la región sísmica más activa del mundo, con la sola excepción de Japón, así como también asegura que el sistema de subducción que nos afecta permite un desplazamiento anual de 7 cm por año, localizando así a nuestro país a la cabeza de este tipo de fenómenos geológicos a nivel mundial (Lomnitz, 2004: 368). En tanto, Campos y otros, postulan una tasa de desplazamiento de 8.4 cm al año para la brecha sísmica Constitución-Concepción (Campos, J., y otros, 2002: 182).

En cuanto a la magnitud de estos eventos naturales en Chile, María Ximena Urbina, hace una distinción indicando que existen dos zonas con comportamientos diferentes. De una parte, el norte y centro de Chile, donde no hay registro histórico de “terremotos gigantes” (igual o mayor que 9.0 Mw, esto es, magnitud del momento, que calcula la cantidad de energía liberada por un sismo). Ello se explicaría por razones geológicas, debido a que el contacto entre las placas no generaría las condiciones para un terremoto gigante o megaterremoto. En cambio, la zona sur estaría dentro de la zona de ruptura que causa los terremotos que liberan mayor energía, como el de Valdivia en 1960, que alcanzó los 9.5 Mw, catalogado hasta ahora como el más grande de la historia (Lomnitz, 2004; Urbina *et al.*, 2016: 659; Ruiz, S., 2018). Más específicamente, desde la geografía se han entregado más antecedentes que permiten vislumbrar el porqué de los devastadores sismos en la zona entre Coliumo y Laraquete: “La posición de esta unidad natural en el margen de la montaña—cordillera de la costa— y en un área de contacto de placas litosféricas explican la gran inestabilidad tectónica y sísmica que la afecta. El riesgo sísmico es común a todos los sistemas naturales regionales, pero es particularmente desastroso en el litoral, ya que va generalmente acompañado de tsunamis o maremotos” (IGM, 2001: 159). Los terremotos y tsunamis, han venido siendo materia de interés desde antigua data, aunque hoy, ayudados por nueva documentación y tecnologías, se ha logrado hacer ciertas precisiones y proponer nuevas miradas a fenómenos que a veces eran parte de listados de eventos telúricos, pero sin una mayor profundización (Stewart, 2020: 98-99).

Las referencias anteriores evidencian que Concepción, epicentro del sismo de 1835, está situado en un área de gran inestabilidad tectónica, que conforma una zona de ruptura Constitución-Concepción “...considerada la brecha sísmica más antigua de Chile con su gran terremoto de 1835”, debiendo entenderse por ‘brecha sísmica’ a la zona donde han ocurrido grandes terremotos en el pasado, “...pero que ha

estado tranquila por décadas” (Campos *et al.* 2002: 177). Los eventos sísmicos que cuentan con registros históricos marcan algunos sobre 9.0 y otros varios sobre 8.0 (Lomnitz, 2004: 370-375)¹, situación que en otras macrozonas tectónicas—como el extremo norte y sur— no se manifiestan con esa cantidad de energía liberada (Urbina, 2019: 659). Todos ellos se hacen a través de interpretaciones cualitativas a partir de la descripción de la destrucción causada por estos terremotos cuando los sismógrafos no existían, a la vez que, por medio de análisis de suelo, lo que ha demostrado es que en los últimos 2.000 años, al menos en ocho oportunidades han existido eventos sobre 9.0 Mw (Urbina, 2019: 659).

La literatura sobre los sismos y tsunamis es muy importante, especialmente en el ámbito de las ciencias. Para el caso de Concepción y su área de influencia más directa (Chillán, Los Ángeles, frontera de Arauco), Fernando Campos hizo referencia a algunos de movimientos telúricos que le afectaron entre 1570 y 1835 inclusive, calificando a este último como ‘un gran temblor’ (Campos, 1989: 137-146).

El interés de la historiografía por estudiarlos se ha incrementado notablemente este último tiempo, destacando cada vez más la realización de estudios multidisciplinarios. Alfredo Palacios publicó tres trabajos sucesivos que van desde la edición de fuentes primarias hasta profundizaciones sobre los sucesos más graves, abarcando desde tiempos coloniales a republicanos (Palacios, 2015; 2016a y 2016b). Casi simultáneamente, Ma Ximena Urbina, junto a Nicolás Gorioitía y Marco Cisternas (2016), publicaron un artículo sobre el terremoto de 1730, del que concluyen estuvo compuesto por dos sismos independientes, cada uno con un tsunami asociado. Considerando la extensión latitudinal de sus daños y el tamaño de sus tsunamis, pudo ser el mayor evento sísmico de Chile Central (Urbina *et al.*, 2016). Recientemente, otro estudio interdisciplinario liderado por Luis Lara ha demostrado que en 1835 no hubo ninguna erupción submarina en la bahía de Cumberland, en la isla Robinson Crusoe de Juan Fernández, solo el tsunami asociado al terremoto con epicentro en Concepción, que estudiaremos en este artículo (Lara, L. y otros, 2020).

Daniel Stewart, por su parte, a inicios del 2019 publicó un artículo sobre efectos de los tsunamis que han afectado a Penco, entregando con mucha precisión las zonas de inundación gracias al análisis de documentación no considerada para este tipo de estudios (por ejemplo, archivos judiciales). Su artículo es acompañado por mapas y por una lista de propietarios afectados por estos eventos naturales (Stewart, 2019). En el caso particular de la antigua provincia de Concepción, entre 1570 y 1835 se tiene registro de siete eventos en los cuales la zona costera e interior

¹ Cinna Lomnitz utiliza en su artículo la escala Ms (magnitud de onda superficial) y no Mw (magnitud de momento).

—que abarcaba desde Ñuble a los espacios inmediatamente al sur del río Biobío— fueron afectados por fuertes sismos, mientras que las inundaciones por tsunamis contabilizadas han sido ocho. La diferencia se da por un evento en que no hubo sismo, pero sí subida del mar (Stewart, 2019).

Para este trabajo, proponemos como objetivos, en primer lugar, dar a conocer nuevos datos sobre la historia sísmica nacional a partir de una exhaustiva revisión de fuentes primarias. En segundo lugar, pretendemos demostrar que el sismo de 1835 —que fue el primer terremoto importante que sufrió la trasladada ciudad de Concepción tras el sismo y tsunami de 1751²— fue un incentivo crucial para la conformación de una nueva zona productiva triguera, particularmente modernizada, a partir de las inversiones arribadas de la mano de un grupo de empresarios extranjeros que vieron en el terremoto y tsunami una oportunidad de inversión. Finalmente, planteamos una nueva mirada desde la historia ambiental dada la amplitud temática que en ella se ofrece (Worster, D., 2008: 41; Camus, P., 2006: 29; Camus, P. 2001: 11). Ello implica revisar los testimonios de aquella época, fijando nuestra atención en las descripciones del desastre, los cambios en el paisaje, las consecuencias para las comunidades afectadas, lo que permite ampliar nuestro entendimiento de lo vivido y pensar críticamente respecto de cómo actuamos hoy ante eventos de esta magnitud.

Esta perspectiva historiográfica ofrece la oportunidad de experimentar de forma concreta los planteamientos del historiador estadounidense Donald Worster, quien en su libro *Transformaciones de la tierra*, señala la necesidad de abordar desde tres puntos de vista la relación entre el ser humano y su hábitat. De este modo, plantea los binomios Ambiente-Sociedad, Sociedad-Ambiente y también el apartado Percepciones sobre el ambiente (Worster, D. 2008: 42). En el presente artículo se articularon las tres variables, dado que obviamente se corresponde con un fenómeno natural, pero que afectó a varias comunidades del Chile del siglo XIX; igualmente, se puede ver la capacidad de adaptación del ser humano ante este tipo de eventos, sea trasladando ciudades o dando origen a nuevos negocios, como fue el caso de la familia Délano en la zona afectada; y tercero, se da a conocer algunas reacciones de la población ante el terremoto.

El área de frontera tuvo un difícil despegue económico tras la guerra a muerte (Vicuña, B., 1868), que a inicios de la década de 1830 parecía estar quedando atrás, avizorándose

posibilidades de recuperación de la economía. Sin embargo, el terremoto y tsunami de 1835 complicaron el panorama. El cambio radical en el paisaje, la masiva destrucción tanto en la costa como en el interior de la provincia de Concepción, particularmente de las bodegas trigueras, muelles, embarcaciones, poblados costeros, paralización del comercio, etc., debían ser abordadas de alguna manera, y ello vino de la mano de ciertas medidas que tomaron las autoridades, pero por sobre todo, de la producción concentrada en la zona de Tomé y sus alrededores, que lo convirtió en uno de los puertos más importantes del sur de Chile, hasta la llegada del ferrocarril en 1869, cuando fue desplazado por Talcahuano (IGM, 2001: 200).

Tomé, por ende, activó una zona agrícola muy extensa, lo que antiguamente fue el departamento de Coelemu —parte de la provincia de Concepción— y reactivó la producción de la zona del interior —Ñuble y Los Ángeles, particularmente— lo que se veía reflejado en las anuales caravanas de carretas cargadas con las mieses que terminaban embodegadas en la costa de la provincia (Basterrica, J., 2015: 67-68).

Por esta razón, para entender el auge triguero de Tomé, hay que hundir las raíces en los orígenes de esta situación, que no fueron Australia ni California: fue el sismo de 1835 y las inversiones de los empresarios extranjeros y capitalistas chilenos que le sucedieron (Mazzei, L., 1995: 186). Todos vieron en el megasismo un desastre, pero también —en el mediano plazo— una oportunidad de hacer grandes y buenos negocios de la mano de la tecnología de aquel entonces, la que era manejada, ciertamente, por un puñado de inversionistas (Mazzei, L., 1998 a, 1998 b).

La hipótesis es que el terremoto y tsunami de 1835, pese al desastre causado, a la migración de antiguas familias penquistas a Santiago (Campos, F., 1989: 145)³, a la llegada de cientos de familias pobres a sus arrabales (Salazar, 2000), pudo impulsar indirectamente la modernización de la molinería del trigo, lo que se tradujo en la creación de un hinterland en la provincia de Concepción durante el siglo XIX, gracias a la llegada de inversionistas extranjeros y de otras provincias del país, en especial del norte chico (Mazzei, 1995, 1998 a, 1998 b; Mazzei, 1999).

Para la elaboración del presente trabajo se recopiló abundante información presente en los informes rescatados de sus originales en el Archivo Nacional Histórico, así como también en obras como las de fray Francisco Javier Guzmán (1836), Charles Darwin (1839), además de los referidos artículos ya reseñados. La revisión de los archivos permite

2 Cabe señalar en este punto que hacemos referencia a Concepción en su actual ubicación, entonces conocido como Valle de la Mocha dado que, en su antiguo sitio, en el valle de Penco, la ciudad fue afectada por terremotos y tsunamis en 1570, 1657, 1730 y 1751 (Campos, F., 1989: 138), que fue el que impulsó el cambio de lugar tras un largo juicio y la promulgación de una cédula real en 1764. Los vecinos debieron trasladarse sin alternativas a partir del 1 de enero de 1765 (Palacios, A., 2015: 104-121; Onetto, M.; Palacios, A., 2018).

3 Fernando Campos Harriet señala sobre el tema textualmente lo siguiente: “1835 marca la fecha de la primera emigración en masa de familias penquistas que pasan a radicarse en Santiago. Pero siempre quedan en Concepción algunas ramas, que irán dando nuevos brotes” (p. 145). Sin embargo, no cita los apellidos de dichas familias.

encontrar antecedentes que pueden parecer irrelevantes, pero que ayudan a dimensionar no solo el nivel de destrucción de un evento sísmico como el que analizaremos aquí, sino también los efectos en otras áreas, como el mismo paisaje, con consecuencias concretas sobre la sociedad y la economía. Como ocurrió con el terremoto de 1751, que levantó el suelo marino en Penco e impidió que barcos de gran calado anclaran cerca del destruido puerto, lo que obligó a situar los nuevos puntos de embarque y desembarque en Tomé y crear el de Talcahuano (Stewart, 2019: 12).

Es por esto que el presente, es un trabajo que se enraiza en un análisis claramente microhistórico, donde lo local toma relevancia, pero sin desvincularse de lo macro espacial. Los sismos y tsunamis son el mejor reflejo de este tipo de perspectiva, dado que un terremoto nunca es focalizado ya que afecta territorialmente a áreas geográficas mucho mayores a las que impacta el centro subterráneo de liberación de energía —hipocentro— así como a su símil superficial —epicentro—. Aplicar esta mirada es lo adecuado.

Terremoto de 1835: su impacto en Concepción y Chillán. Efectos del tsunami asociado en Talcahuano.

Ocurrió cerca de las 11:30 horas del día 20 de febrero de ese año, siendo calculado una magnitud de 8.5⁹⁴, con epicentro en Concepción. Los testimonios de quienes lo vivieron en la provincia de Concepción señalan que la catástrofe fue total. El primero que relató los hechos fue el intendente interino de Concepción, Ramón Boza quien escribió “en medio de ruinas y escombros” al ministro del Interior, Joaquín Tocornal, el mismo día del evento:

“A las once y media de este día (20 de febrero de 1835) un terremoto furioso ha concluido con esta población. No hay un templo, una casa pública, una particular, un solo cuarto, todo ha concluido: la Ruina es completa, no hay esperanza para Concepción, no hay expresiones que puedan presizar el suceso, [mis palabras] parecieron exageradas, pero son ineficaces. Las familias andan errantes y fugitivas, no hay albergue seguro que las esconda: todo, todo es concluido: nuestro siglo no ha visto una ruina tan exesiva y tan completa...” (ANH.MI, 156: fs 11 – 11v.).

El intendente debió enfrentar los temores de la comunidad penquista que por precaución y como parte de sus temores anclados en su memoria huyó a lugares altos:

“...el espanto que produjo en los habitantes [de Concepción] el segundo sacudimiento, hizo huir a la mayor

parte al cerro del caracol, distante de la plaza pública poco más de cuatro cuadras, y arriba [de] otros montes separados de esta población. Muchos permanecieron dos ó tres días sobre su cima y entre las quebradas inmediatas, reuniéndose en los lugares tan desamparados que no tenían reparo alguno para defenderse de un sol abrazador que entonces más que nunca hizo sentir su fuerza” (ANH.MI, 156: f. 16).

Queda claro que no fue uno, sino dos los terremotos, en pleno verano, aunque como se verá luego, seguido de días de copiosa lluvia. Seguramente para muchos era el fin del mundo —se golpeaban los pechos gritando ¡misericordia!, señala Darwin— sensación aumentada seguramente por los viejos relatos del sismo de hacía 84 años antes que inundaron el valle de Penco. Así lo reseña Fitz Roy, quien presenció el tsunami en Talcahuano: “Poco después del terremoto se esparció la voz que el mar se retiraba y recordándose la ruina de Penco por las olas consecutivas al terremoto de 1751, toda la población huyó hacia los cerros” (Fitz Roy, R., citado en De Montessus, F., 1913 b: 257).

También existía el temor de ser aplastados por las casas de gruesos muros de adobe o de piedra, según lo da a entender Alfredo Palacios, quien describe cómo estaba diseñada esta urbe en función de los posibles efectos de un evento telúrico grande:

“[...] siguiendo las orientaciones del cataclismo que obligó a su traslado [en 1751], [los penquistas más acomodados] habían construido sus casas en un terreno distante a 13,5 kilómetros del mar, y de solo un piso para resistir de mejor manera los embates de la naturaleza. Aquellas habitaciones, [...] estaban dispuestas en un plano regular definido por calles largas cortadas en ángulos rectos. Según algunos apuntes, la mayoría de estas viviendas solo estaban provistas con ventanas que daban hacia un patio interior, y este último espacio estaba habilitado para prevenir los temblores, ya que al momento de presentir o reconocer alguna oscilación de la tierra, sus moradores se arrojaban a ellos, o bien a la calle, donde esperaban el desenlace de estos movimientos (Palacios, A. 2015: 151)”.

No era por nada, entonces, que los habitantes de la “nueva” Concepción huyeran instintivamente al cerro Caracol. Claramente el miedo al sismo y el temor de que el mar entrara por el río Biobío, por el río Andalién o por las vegas de Talcahuano, llevó a pernoctar a los penquistas esas dos o tres noches en las alturas: “Mujeres que lavaban en el río, cerca de Concepción, se atemorizaron al ver las aguas subir hasta alcanzar a sus rodillas, principiando la conmoción del suelo [sismo] al mismo tiempo” (Fitz Roy, R., citado en De Montessus, F., 1913 b: 256). A ello se suma, seguramente, las noticias que les habían llegado desde Talcahuano.

4 El único registro encontrado donde se expresa un tipo de escala para asignárselo al sismo de 1835, lo encontramos en el Centro Sismológico Nacional (CSN), que lo mide en escala Ms, y no Mw. Los textos consultados solo lo señalan con el guarismo, pero sin asociarlo al tipo de magnitud.

El gobernador del puerto, Miguel Bayón, confesaba en el oficio enviado al intendente: “Tiembla mi mano al deber trazar a vuestra señoría el cuadro espantoso que presenta este pueblo [...]” (Palacios, A., 2015: 199). Su relato, muy detallado, daba cuenta del nivel de destrucción que generó en dicha villa portuaria no solo el terremoto, sino que el violento tsunami que terminó por asolar la ciudad. La nota, fechada en Talcahuano el 28 de febrero, dice:

“El día 20 del corriente a las once y veinte minutos fue el primer y principal temblor de tierra que en el espacio de tres minutos derrocó todos los techos, y gran parte de los edificios del pueblo, y los continuos fuertes sacudones que se le siguieron aumentaron progresivamente los estragos. A las doce y media como me presumé desde un principio, se mostró por la Boca Chica y arrimando a la costa de Tumbes un penacho de agua tan majestuoso como horroroso; vino destruyendo totalmente las innumerables poblaciones de la costa y derribando los riscos que se le oponían, llegó a consumir la obra de destrucción arrasando hasta los cimientos de los edificios del oeste del puerto. A los pocos minutos hizo la mar una retirada como de doce cuerdas dejando en seco a las embarcaciones de la bahía, y arrastrando consigo los intereses [(bienes)] que formaban el bienestar de estos vecinos y de muchos de la provincia. No bastaba con esto, y para que los habitantes del centro y de la caleta no fuesen más favorecidos vino a una y media un golpe de agua con la mansedumbre de una taza de leche, que bañó todo lo que había escapado del primer furor, y destruyó por consiguiente y de igual modo todo lo que nos hacía concebir la esperanza de una ruina parcial. Veinte minutos después, y al retirarse de nuevo el mar, hizo chocar a las embarcaciones y enredó sus amarras de un modo inconcebible. A la una y media se hizo ver por la Boca Grande una espaciosa barra de agua espumosa y de prodigiosa altura, que pasó por la isla de Rocuan, en donde arruinando las poblaciones ahogó también a sus pobladores y ganados, y paró su furia en el lugar de los Perales.

Esta es, señor, la relación fiel de los asombrosos efectos de este fenómeno y su resultado: que todos los edificios a excepción de los ranchos del cerro que han sufrido también considerablemente han sido arrasados hasta sus cimientos; que nadie cuenta con lo más mínimo de sus intereses, y que descansan en paz de treinta a cuarenta víctimas que han caído bajo este golpe tan feroz como inesperado” (Palacios, A. 2015: 199 – 200).

El detalle del tsunami de Talcahuano es escalofriante, y seguramente de no ser por la memoria colectiva que recordaba a través de cuentos o relatos los acontecimientos

de 1751 (aunque en Penco), el número de fallecidos pudo ser más elevado.

“Más o menos media hora después de la sacudida el mar se había alejado ya tanto que quedaba en seco hasta las naves ancladas en profundidades de siete brazas; aparecían a la vista todos los peñascos y arrecifes de la bahía, cuando una descomunal ola pasó rápidamente a través de la costa occidental, barriendo todo lo que podía ponerse en movimiento; su altura alcanzaba los 30 pies”, relató Fitz Roy (citado en De Montessus, 1913 b: 257).

El efecto fue muy destructivo para el puerto pues “se arrasaron muchos edificios [...]. En donde encontraron terrenos bajos, las olas ocasionaron grandes pérdidas, pues generalmente son cultivadas con esmero [...]. Las playas de la isla de Los Reyes fueron sumergidas y se ahogaron muchos bueyes, caballos y ovejas” (Fitz Roy, R., citado en De Montessus, 1913 b: 258).

La recuperación económica de Talcahuano solo se alcanzaría con la llegada del ferrocarril en los albores de la década de 1870 (IGM, 2001: 200; Mazzei, L., 2015: 50 – 51).

Por su parte, desde Chillán, el gobernador Manuel Prieto escribía el mismo día del sismo al Intendente de Concepción en los siguientes términos:

“S[eñ]or Yntendente. Un terremoto el mas espantoso que se ha experimentado en los tiempos presentes ha causado la destruccion completa de esta poblacion a las once y cuarto de la mañana de este día. La duracion de este fenomeno horrible seria de seis minutos o mas, a lo que puede calcularse en medio de aquella consternacion universal: el ruido havisonos y el sacudimiento que le siguió inmediatamente con la rapides que el rayo al trueno parecia traer su origen de la parte del Sur; y por esto es que el que suscribe al comunicar a U[uestra] S[eñoría] tan infausta nueva teme que esa Capital [(Concepción)] tenga que desplazar igual desgracia; [i]quiera el cielo que esto no suceda! = La policia no ha podido recoger h[as]ta este momento los datos necesarios para la mortalidad que ha producido este acontecimiento; sin embargo puede asegurarse que las desgracias en las personas no ha correspondido felismmente a la destruccion J[ene]ral de los edificios. Solamente hasta ahora se sabe que unos ocho presos han sido victimas de esta infortunio en la Carcel” (ANH.MI, 156: 12-12 v.).

El evento no solo se redujo al sismo y al tsunami cuyos efectos se hicieron sentir con tanta fuerza, particularmente en Talcahuano. Hubo otro agravante que, dada época del año

(verano), fue inesperado: la lluvia. Es lo que expresaba el intendente Ramón Boza: "...después de la continuación sucesiva de temblores parciales que duran hasta hoy [18 de marzo], vino un aguacero bastante grande" (ANH.MI, 156: 15). En su relato, la autoridad local señalaba su preocupación:

"¿Y cuales no serian los perjuicios causados por consecuencia de este mismo acontecimiento en las campañas en un tiempo en que las cosechas de granos, principal producción de esta provincia, aun no se habia conservado en los Depositos que [les] preservasen de el agua?" (ANH.MI, 156: 17 – 17v.).

Similar situación se vivió en Chillán, donde el gobernador Manuel Prieto escribía el 1 de marzo que, además de alarmarse por la presencia de bandidos y ladrones que estaban 'haciendo estragos' en las propiedades, es decir, robando, se angustiaba porque "los graneros [que han sido] derribados [por el terremoto, y] han dejado los granos que es la [ene]r[a] fortuna de este Pueblo [de Chillán] expuestos a la intemperie, y los demas articulos que el agua consume seran probablemente perdidos" (ANH.MI, 156: 13 v.).

Es decir, la provincia de Concepción, además de ser azotada por el violento terremoto y tsunami, debió soportar una inesperada lluvia que vino a destruir las reservas de grano —que quedaron a la intemperie por la destrucción de los almacenes— empobreciendo a la población e instalando el flagelo del hambre entre sus habitantes.

En cuando a las víctimas fatales, Boza notificó que solo en Concepción al 5 de marzo se contaban 51 personas, pero advirtió a las autoridades centrales que, además de los heridos graves que probablemente iban a morir, la exactitud en el número de fallecidos era difícil de establecer debido a que muchas personas habían migrado a sus haciendas en el campo (ANH.MI, 156: 16 v.). Un doctor de apellido Vermoulin, indica, por su parte: "El número de víctimas alcanzó a 81, la mayor parte de estos infelices entre la gente obrera. 10 individuos malamente heridos y más de quinientos heridos, siendo en esa época la población de siete a ocho mil ánimas" (Vermoulin, citado en De Montessus 1913 a: 172)

Fue tal el nivel de destrucción sufrido que se pensó en un nuevo traslado de la ciudad de Concepción, para lo cual el intendente (oficial) José Antonio Alemparte nombró una comisión encabezada por Ambrosio Lozier, Simón Rodríguez y Juan José Arteaga con el fin de evaluar los daños generados por el sismo (ANH.MI, 156: 27 – 27 v.), entre cuyas conclusiones señalaron:

"No quedó ni un solo edificio ileso: el mayor [número] de techos se hundió y ayudó a volcar las paredes: quedaron muchas de estas en pie; pero hendidas, partidas

o fuera de la vertical y en las que conservaron esta posición padeció mucho el asiento de los materiales: estos por su mayor dureza, destrozaron el barro o la mezcla que los ligaba, y los macizos quedaron más o menos en falso" (ANH.FFVV, 300: 154).

Finalmente, la idea del traslado de Concepción fue desechada (ANH.MI, 156: 146 – 146 v. De Montessus, 1913 a: 170), al igual que en el caso de Los Ángeles y Florida, pese a que originalmente el cambio de sitio había sido oficialmente autorizado (ANH.MI, 156: 13, 134, 136, 146 – 146 v.). Las poblaciones que sí se trasladaron fueron Chillán (Basterrica, J., 2015: 45-51), Santa Juana en 1841 (Venegas, F., 2014: 131) y Arauco en 1842 (ANH.MI, 196: s. f.) (4).

De este modo, queda demostrado que la gravedad en la destrucción de la infraestructura urbana en la provincia conllevó el traslado de los pueblos nombrados, siendo imposible reconstruirlos encima de los escombros dejados por el sismo.

Lo señalado es coincidente con los testimonios de quienes visitaron estas tierras desde el extranjero, como fue el caso de Charles Darwin, quien, a inicios del mes siguiente de la catástrofe, arribó a la zona. Desembarcado en la isla Quiriquina el 4 de marzo, señaló que lo primero que le llamó la atención fue el nivel de desechos de distinto tipo que azotaban junto al oleaje las costas de la isla. Según la versión del 'mayordomo' de Quiriquina —¿un subdelegado?— de la que se vale Darwin, fueron cerca de 100 las personas fallecidas a causa del sismo en Concepción y Talcahuano. El viajero inglés, describe así el post terremoto en ambas villas:

"En Concepción, cada fila de casas, cada mansión aislada, formaba un montón de ruinas bien distinto; en Talcahuano, al contrario, la ola que había seguido al terremoto y que inundó la ciudad no había dejado al retirarse sino un confuso montón de ladrillos, tejas, vigas, y aquí y allá alguna pared aun en pie" (Darwin, C., 2017 [1839]: 196).

Señalaba, además, que hubo mucho ganado que había sido tragado por el tsunami —en Talcahuano en particular, sector isla Rocuant— y en sus impresiones aprovecha de dar explicaciones científicas sobre la dirección del sismo —desde el sudoeste al noreste— y las huellas que este dejó en la superficie de la tierra, particularmente el levantamiento del terreno.

Sobre el tsunami también se esforzó por describir lo afirmado por los testigos del hecho:

"Algunos instantes después de la sacudida viose, a una distancia de tres o cuatro millas, una enorme ola que avanzaba en medio de la bahía [de Concepción].

No se veía ni la menor traza de espuma sobre esa ola que parecía inofensiva, pero que a lo largo de la costa derribó las casas y desarraigó los árboles al avanzar con fuerza irresistible. Llegada al fondo de la bahía, se rompió en espumosas olas que se elevaron a una altura vertical de 23 pies —unos siete metros— por encima del nivel de las más altas mareas. La fuerza de tales olas debió ser enorme, porque, en la fortaleza, trasladaron a una distancia de 15 pies —4 metros y medio, aproximadamente— un cañón con su cureña, que pesaba cuatro toneladas. Una goleta fue transportada a 200 metros de la costa y encalló en medio de las ruinas” (Darwin, C., 2017 [1839]: 198).

Muertos y heridos, ambos eran preocupación para las autoridades locales, pues se avizoraba una potencial crisis sanitaria, por la descomposición de los cuerpos. Así lo hizo saber el intendente al ministro del interior cuando justificó el gasto de ciertos fondos para construir un hospital de caridad, muy modesto como ha de suponerse dada la crítica situación, sin esperar el visto bueno del gobierno central: “Así lo exigía el desamparo en que quedaron los enfermos por consecuencia de la ruina de los edificios, y su vida había venido á esponerse á un riesgo cierto”, señalaba José Antonio Alemparte al ministro Tocornal (ANH.MI, 156: 31).

Otras villas afectadas por el sismo en la zona sur⁵

Además de Talcahuano, Tomé, Concepción y Chillán, hubo ciertamente otras villas afectadas. Si seguimos lo señalado por Fernando de Montessus, “su área de sacudimiento midió [...] 1.570 kilómetros en el sentido norte-sur y otros tantos en el sentido oeste-este” (1912: 254). Dicha distancia también la cita Fernando Campos Harriet, al relatar que el sismo de 1835 “[...] abarcó un radio de 1.570 Km. en el sentido longitudinal del país, es decir, desde Coquimbo hasta las islas de Caucahue, en Chiloé” (Campos, F., 1989: 145). Un dato importante que aporta este historiador penquista es que este movimiento telúrico habría marcado “[...] la primera emigración en masa de familias penquistas que pasan a radicarse en Santiago” (Campos, F., 1989: 145), aunque no da datos más precisos sobre el tema, como, por ejemplo, mencionar a los clanes migrantes, lo que conlleva un tema a estudiar a futuro desde el ámbito de la historia social. No obstante, creemos muy probable esta situación dado el nivel de desastre que se pueden leer en los diversos testimonios, y que afectaron tanto el casco urbano como a sectores rurales, que era donde vivía la mayor parte de la población, incluyendo al que bien podemos llamar “campe-

sinado acomodado”, un término utilizado por el historiador peruano Fernando de Trazegnies para aducir a aquellos terratenientes acaudalados, pero que vivían en sus ranchos en el campo, no en sus casonas grandes de las ciudades, es decir, eran parte de lo que él llama una modernización tradicional, donde lo moderno es solo estético, mientras que el estilo de vida es prácticamente igual que en el llamado antiguo régimen (León, M. A., 2015: 18). En cuanto a las familias de origen humilde el proceso fue el contrario: miles de campesinos y desarraigados comenzaron a instalar sus ranchos y a solicitar chacras en la periferia de la ciudad de Concepción, uno de los fenómenos que dio cuerpo el estudio de Gabriel Salazar, Labradores, peones y proletarios (Salazar, G., 2000).

Los informes que comenzaron a llegar al intendente desde el sur del Biobío fueron alarmantes. Desde Arauco, el comandante de armas Jerónimo José Valenzuela, escribió el mismo día del terremoto lo siguiente:

“Acaba de haber en esta [plaza] un terrible terremoto: no ha quedado casa buena. Solo el Cuartel escapó sin novedad; pero la casa donde se hallaba el armamento de los civicos cayó por varias partes y rompió varios fusiles. La plaza ha quedado en pampa: las murallas se caeron [sic] al suelo todas enteramente. La iglesia que actualmente se estaba trabajando, cayó al suelo [...]” (ANH.MI, 156: 23).

Según este comunicado, Arauco no fue arrasado por las olas sino solo por el terremoto. Con todo, el oficio es escrito desde el cerro Ascui, probablemente por el temor a una salida del mar. En segundo lugar, el comandante menciona que el pueblo quedó ‘en pampa’, en otras palabras, sin ninguna construcción en pie, lo que demuestra la violencia del movimiento telúrico. Es decir, la destrucción para esta villa costera fue total, aunque, aparentemente, no hubo víctimas fatales.

Distinta suerte tuvo Colcura. Así se desprende del informe enviado por el comandante de la plaza, José Apolonio, al intendente de la provincia en un oficio fechado el 21 de febrero:

“Ayer á las once y tres cuartos de la mañana se ha experimentado un temblor que ha hecho mucho estrago, la capilla de nuestra S[ñ]ora de las Nieves se asoló enteramente, igual la casa del Comandante y como seis casas y ranchos de la inmediación de la plaza. La mar salió [en] seis ocasiones inundando todos los campos hasta elevarse por calculo como 25 varas —22 metros, aproximadamente— pero no ha habido desgracia ninguna mas [...]” (ANH.MI, 156: 23).

5 Existen dos documentos que demuestran este traslado: uno es un completo informe de Carlos Lozier, datado en 1845, y la otra evidencia es un mapa inserto en el mismo volumen, y que se puede ver en la mapoteca del Archivo Histórico Nacional. Disponible en: http://www.bncatalogo.gob.cl/F/UT3U21G5XLBV3UVVJIUSACVILH75U966NG2DURNRUA EVMJVRS-03788?func=full-set-set&set_number=037383&set_entry=000001&format=999 [fecha de consulta: 27 de mayo de 2021].

Nuevamente, el testimonio demuestra la fuerza del sismo y la destrucción de las olas del tsunami: la capilla, la casa del comandante, seis viviendas particulares y algunos ranchos que cayeron, y luego fueron arrasados por las sucesivas olas. Según este informe tampoco hubo muertos.

Cabe señalar que para esa fecha Colcura era la cabecera del departamento de Lautaro. El terremoto y posterior tsunami tendrían efectos en la administración, y la capital fue trasladada a Santa Juana poco tiempo después (1836).

Respecto de los efectos del sismo en esta última villa, Fernando Venegas señala lo siguiente:

“El terremoto de 1835 fue otro duro golpe de esos años. Según recopiló en la tradición oral de la localidad Recaredo Viguera, ‘el caserío quedó convertido en un montón de barro por las lluvias posteriores, causando graves penurias a sus escasos habitantes’. Sabemos que en las proximidades de ‘la ruina’, como habrían llamado los lugareños a lo que quedaba del fuerte Santa Juana, y a pesar de los avatares antes consignados, siguió habiendo un pueblo” (Venegas, F., 2014: 131).

Según consigna el mismo autor, “en 1841 la villa fue trasladada a un sitio más favorable para su emplazamiento y crecimiento”. Francisco Solano Astaburuaga (1867) en su *Diccionario Jeográfico de la República de Chile* precisa que “a consecuencia de este último desastre – el terremoto de 1835 – se trasladó a su actual asiento más al [este], que es más parejo i más adecuado a su ensanche” (Solano, F., 1867: 345). A diferencia de Venegas, no menciona una fecha para el traslado.

Como ya ha sido señalado, el terremoto implicó ajustes en el gobierno interior, pues Santa Juana se transformó en capital del departamento de Lautaro (Aburto, H.; Gutiérrez, M. 1999: 24). Dadas las circunstancias, mantener la capital departamental alejada del mar, se había convertido en una prioridad, tal como en su momento lo fue para Concepción en 1751.

Los testimonios demuestran el gran poder destructivo del sismo. Si bien es comprensible debido a que en la época no existían normas arquitectónicas creadas para enfrentar ese tipo de eventos naturales, no deja de asombrar el efecto en villas, pueblos y ciudades, incluso las alejadas cientos de kilómetros. De hecho, hay constancia de daños de consideración en Cauquenes, Constitución y Talca, ciudad esta última ubicada a 250 kilómetros al norte del epicentro ubicado en Concepción.

Igualmente, hay testimonios que describen un tsunami en el archipiélago de Juan Fernández, (Sutcliffe, 1839: 32;

Darwin, 2017 [1839]: 202), el cual se originó como consecuencia del terremoto de 1835 en Concepción⁶.

En definitiva, no es extraño encontrar que en la historiografía local y nacional se llame a este sismo como “la ruina”, un título que encontramos completamente adecuado, si bien ha invisibilizado el mismo mote para los eventos de 1730 y 1751, igualmente llamados como ‘la ruina’.

Reconstrucción y relocalización espontánea de los sectores populares

Según fray José Javier Guzmán, el 27 de febrero de 1835 el Gobierno central, a través el Ministerio del Interior, conformó una comisión para realizar una colecta pública que fuera en ayuda de los damnificados del terremoto y tsunami (Guzmán, 1836). Detalla también que se enviaron remedios y se dio autorización para la construcción de galpones que sirviesen de hospital de caridad para tratar a los heridos que había dejado el sismo, aunque como se vio más arriba, este beneplácito legal llegó cuando el mentado hospital de emergencia ya estaba siendo instalado en Concepción.

El presidente de la república, José Joaquín Prieto, propuso al Senado, en su sesión del 18 de marzo de 1835, un proyecto de ley que le autorizase para tomar del tesoro nacional, “las cantidades que fuese necesario invertir en la construcción o reparación provisoria de los edificios públicos pertenecientes al Fisco [...]” (Sesiones de los Cuerpos Legislativos, 18/03/1835). Es probable que derivado de lo anterior, desde el Ministerio de Hacienda se autorizase la construcción de edificios provisorios que sirviesen de aduana, tesorería y fábrica de especies sujetas a estanco en Talcahuano. También se enviaron herramientas para reconstruir la ciudad junto con tres maestros carpinteros además de 50.000 tablas procedentes de Chiloé –en fletes pagados por el gobierno– entre otras medidas (Guzmán, J. 1836, II: 752 – 755). Asimismo, en el mes de octubre se dictó una ley que eximía del pago del impuesto de catastro y del de alcabalas a las provincias de Concepción, Maule y Talca, según se consigna en las sesiones correspondientes del Congreso Nacional.

De estas acciones, una que dejó huella en la zona al sur del Biobío fue el producto de la colecta ya aludida, si bien su llegada y puesta en práctica se dio recién en 1837, dos años después del sismo. En el caso particular del Departamento de Lautaro, situado al sur del Biobío, la división

⁶ Existió por décadas la idea de que como consecuencia del terremoto de 1835 se generó en Juan Fernández una erupción volcánica submarina. Sin embargo, y gracias a un reciente estudio, se ha demostrado la inexistencia de dicho fenómeno natural, por lo que se aduce a una malinterpretación del testimonio del comandante Sutcliffe que es quien señaló esta actividad en su informe. Véase: Lara, L.; Moreno, R.; Valdivia, V.; Aránguiz, R.; Lagos, M. 2020. “The AD1835 eruption at Robinson Crusoe Island discredited: Geological and historical evidence”, en: *Progress in Physical Geography: Earth and Environment*, Vol 45, Issue 2, 2021, pp. 187-206.

de lo colectado le otorgaba \$1.000. Para las autoridades de dicha unidad político-administrativa, las prioridades en términos generales fueron la reconstrucción de los templos parroquiales, escuelas y la atención a los más pobres (ANH.MI, 156: 404).

La documentación agregaba en forma detallada el listado de los vecinos y la descripción pormenorizada de los daños sufridos por sus viviendas en las parroquias de Santa Juana, Nacimiento, Arauco y San Pedro (ANH.MI, 156: 405 – 407). En el listado se incluyó desde los daños sufridos por particulares, los cuarteles de tropa, hasta la situación de los templos parroquiales. Las construcciones descritas mencionaban que sus materiales básicos eran el adobe, madera, con techo de paja o de tejas, es decir, que se vieron directamente afectados por los movimientos telúricos. El documento alude también a que Santa Juana para esa fecha –1836– ya era considerada como cabecera del departamento.

Marco Antonio León señala que la iniciativa para levantarse de entre los escombros fue más bien una acción de las elites “antes que de las propias autoridades del gobierno local”, agregando que, en su opinión, esta actitud buscaba “mostrar un protagonismo que refleja un sentido de superioridad incluso ante las tragedias”. En esto habría influido de manera importante la visión sobre el concepto de “progreso” que existía entre los miembros de la clase acomodada penquista, como una forma de marcar distancia con el bajo pueblo, a cuyos integrantes, por supuesto, nada se les consulta respecto de sus ideas u opiniones frente al plan de reconstrucción: “No es en ellos donde reside la iniciativa, no son vistos como actores de reorganización, cambio o progreso” (León, M. A., 2015: 21 – 24). Claro está que quienes llevaron a cabo las labores de reconstrucción en términos cotidianos fueron integrantes del bajo pueblo que actuaron como los ‘reales’ constructores de los edificios y viviendas que se reconstruyeron tras el sismo, si bien ello tomó varias décadas, según testimonios de algunos viajeros que estuvieron en Concepción⁷.

El desastre dejado por el sismo incentivó movimientos migratorios. Como ya señalamos anteriormente, Campos Harriet refiere que 1835 fue un año de migraciones hacia la capital nacional (Campos, F., 1989: 145). Aunque no especifica la exclusividad de los migrantes como pertenecientes a los sectores notabiliares, creemos que esa era su intención,

pues señala a renglón seguido: “[...] siempre quedan en Concepción algunas ramas [de las familias migrantes], que irán dando nuevos brotes”. Para quien lea el trabajo del historiador penquista, sabrá que los sectores populares no eran el centro de su atención, pero sí los de la élite local, en cuyos hombros pone el peso de la construcción de la historia de Concepción. Ello no quita, por cierto, el hecho de que hubo migraciones de sectores populares, pero Campos no lo explicita de ese modo, aunque la evidencia que reúne Salazar indica lo contrario, dándonos a entender que los pobres mayoritariamente se quedaron en la zona, y además, debieron amoldarse a la llegada de nuevos migrantes a los arrabales de las villas destruidas, las que pronto deberían ser reconstruidas, instancia en la cual su mano de obra pasaba a ser importante. Con ello, la segregación social se acentuó, dado que los pobres comenzaron a asentarse en las periferias de las ciudades, nombre más bien ostentoso para este grupo de poblados arruinados por el poderoso movimiento telúrico (León, M. A., *ibidem*: 52).

“La reconstrucción de la vida penquista realizada por Domeyko antes de 1835, ya nos habla de suburbios con población popular (campesina fundamentalmente), reproduciéndose así un esquema propio del período colonial con el asentamiento de los pobres en la periferia urbana. El siglo XIX no modificará esta realidad, sino más bien la reafirmará y la redefinirá en función de términos que tempranamente se verán en el discurso de las élites, aunque no siempre con definiciones muy precisas, pero que apuntarán a lo que después la filosofía positivista enfatizara con vehemencia: el orden y el progreso” (León, M. A., 2015: 25).

Salazar menciona casos de cesiones de tierras a campesinos pobres, desarraigados, en la periferia de las ciudades al sur del Biobío, dentro del llamado proceso de campesinización, algunos de los cuales los ubica temporalmente en los años posteriores al terremoto de 1835 –sin mencionar el sismo– dando cuenta de un crecimiento constante de peticiones, cesiones y proyectos de venta a precios módicos por parte del municipio penquista a sus habitantes más “infelices”, como señalan los documentos. Por ejemplo, menciona que, en 1835, en Los Ángeles, ciudad refundada, la venta de los sitios de la nueva población fueron divididos según la clase social del comprador, siendo la clase ‘indigente’ ubicada en la periferia de la urbe angelina (Salazar, 2001: 75). Señala, además, que “idéntica política fue aplicada en la villa de La Florida en 1838” (*Idem*), nuevamente, sin indicar que este pueblo se trasladó a causa de la destrucción generada por el terremoto en estudio. También indica que “en 1837 las autoridades de [Departamento de] Lautaro mercedaron sitios a los que querían poblar ‘fuera de la estacada’ del pueblo [de Santa Juana]” (*ibidem*: 74).

⁷ Fernando de Montessus señala varios pueblos fuera de la zona afectada como epicentro del sismo. De este modo, da a conocer en su estudio breves comunicados llegados al Supremo Gobierno desde la isla de Juan Fernández, isla Quiriquina, isla Mocha, Pelarco, Curicó, San Fernando, Rancagua, Valdivia. Suma a ello informaciones de testimonios del movimiento con daños de diversa consideración en Copiapó, Cauquenes, Calbuco, Melipulli (Puerto Montt), Castro e isla Caucahué, todo lo cual refleja el alcance y magnitud del movimiento telúrico (De Montessus, 1913 b: 252-254).

Igualmente, ante el intento de las autoridades locales de vender a un bajo precio sitios en los ejidos y demasías de los cabildos, los intendentes se opusieron. Es lo que refleja el siguiente caso:

“[...] el comandante militar de la villa militar de Santa Juana informó en 1839 que ‘al lado opuesto de esta población’ había tierras que podían venderse a la gente pobre que pudiera pagar \$3 por el sitio que se les concediera. El Intendente de Concepción se opuso a esta medida y, recomendó, en cambio, fundar una nueva villa en Carampangue, donde los sitios fiscales que hay allí son de poco valor, pues el arriendo anual que paga cada uno es solo de 4 reales, exceptuando uno que paga \$3” (Ídem).

Obviamente que ello derivaba de la necesidad de contar con un bien raíz propio que permitiera la compraventa de productos agrícolas que generaran ciertos excedentes ayudando así al autosustento de estas familias humildes. Si bien el proceso de campesinización aludido hunde sus raíces en el siglo XVIII y termina por sucumbir a las presiones del mercado de las tierras en la década de 1870, los documentos aquí aludidos y reseñados por Salazar apoyan la tesis de que el terremoto fue también un incentivo en el asentamiento de familias pobres en los suburbios de villas, pueblos y ciudades, alejándose de este modo de la miseria en la cual habían quedado a raíz del evento telúrico, lo cual se verificó entre los habitantes de la frontera mapuche en el Departamento de Lautaro, aunque sus efectos más significativos se dieron al norte del río Biobío.

Tras la crisis, nuevas posibilidades

Hubo también otras derivaciones del sismo. Siguiendo a Leonardo Mazzei, sabemos que el trágico evento abrió nuevas oportunidades a algunos inversionistas, particularmente extranjeros. Al respecto, el historiador penquista señala:

“No obstante las calamidades sufridas, la riqueza natural de los suelos sureños no se había esfumado. Y si los terratenientes de la región, sin el apoyo gubernamental requerido, y abrumados por el rigor sísmico, no pudieron hacer frente al restablecimiento de la agricultura de la zona, fue la percepción avizora de empresarios extranjeros la que permitió que la agricultura regional cobrara un nuevo impulso” (Mazzei, L., 2015: 35).

Mazzei hace referencia a inversionistas como el sueco Olof Liljevalch, llegado a la zona de Puchacay en 1824, donde se asoció con el comerciante británico Enrique Burdon, y a Guillermo Gibson Délano, quien arribó a la provincia de Concepción el mismo año 1835 después del terremoto (no se sabe su año de llegada a Chile) quien, probablemente

incentivado por la escasez de granos generada por la destructiva lluvia de la que hablan los documentos, así como la pérdida de infraestructura para almacenamiento de trigos, vio en el desastre una oportunidad. Súmese a ello el hecho de que su padre era capitán de puerto en Talcahuano y su hermano estaba iniciándose en el negocio molinero, ámbito en el cual conocieron a Liljevalch.

Pero, dadas las detalladas descripciones que no hacen sino evidenciar una gran destrucción de infraestructuras de todo tipo, ¿por qué estos comerciantes no se retiraron a Santiago o Valparaíso donde existía una comunidad más numerosa de foráneos? Lo más plausible es ver ello desde la perspectiva de que, frente a la incertidumbre generada por el terremoto y tsunami, estas personas optaron por quedarse ayudar a remediar en parte el desastre, fortaleciendo una actividad que, de por sí, era de primera necesidad, como lo fue la molinería del trigo.

Además, hubo un hecho no menor: las alianzas matrimoniales. Olof se casó cerca de 1828 con Mariana Délano, hija del capitán Pablo Délano (quien, junto a su hijo, Pablo Hinckley, habían arribado a Chile en 1819), y hermana de Guillermo Gibson. Para Liljevalch la unión fue ventajosa, pues “el matrimonio fortaleció la inserción del sueco en el nuevo núcleo empresarial que se forjaba en Chile”. Asimismo, Pablo Hinckley se casó con Teresa Edwards, hija de Jorge Edwards, fundador del clan en Chile (Mazzei, 1995: 183).

Igualmente, no puede desconocerse que la calidad de las tierras de Puchacay era consideradas muy aptas para la siembra y cosecha de trigos, lo que aseguraba una importante fuente de abastecimiento para su actividad comercial, razón por la cual, además, comenzaron (los Liljevalch y los Délano) a adquirir tierras en la zona, donde no era extraño encontrar sus instalaciones molineras.

“La ubicación del molino de Puchacay [de Liljevalch] tenía la ventaja de la proximidad al principal centro urbano, la ciudad de Concepción, y, para las exportaciones, estaban los puertos cercanos. Molinos y tierras eran los pilares del nuevo negocio” (Mazzei, 1995: 184).

Existe evidencia de que Liljevalch no tuvo la intención de retirarse. De hecho, en diciembre de 1836 ya estaba adquiriendo una nueva propiedad en Puchacay, con el fin de asegurar el agua que pasaba por esas tierras y, de este modo, hacer funcionar el mecanismo que permitía fabricar la preciada harina (Mazzei, 1995: 187).

Con los años, se sumaron otros empresarios que trabajaron la molinería, algunos de ellos extranjeros, tales como Roberto Cunningham, Tomás Sanders, Enrique Rogers, unidos a empresarios chilenos como Matías Cousiño, Juan Ignacio

Palma y Juan Alemparte, todos los cuales firmaron 16 años después del sismo, en 1851, un gran acuerdo comercial que dio origen a una asociación de molineros (Mazzei, 1998: 180-181), la que incluía una propiedad en Colcura, al sur del Biobío, de Juan Alemparte, que en 1852 pasó a manos de Matías Cousiño (ANH.NV, vol. 54., fs. 525-544).

¿Habría sido todo ello posible sin la experiencia de Liljevalch y los Délano, incluso con el grave problema generado por el terremoto de 1835? La tentación del retiro hacia la minería de la plata en la zona de Coquimbo y Copiapó no debió ser menor, pero ellos optaron por quedarse (o invertir) en unas tierras que habían demostrado su fertilidad, en particular para acoger las siembras de trigo.

Contando con la ventaja del conocimiento tecnológico, la llegada de inversionistas estadounidenses, suecos y británicos, quienes descubrieron en estas tierras la fertilidad de sus suelos para el cultivo del trigo, impulsó en ellos el deseo de apostar por nuevos negocios en un paisaje destruido pero bajo el amparo de la idea de que las calamidades también engendran oportunidades. De este modo, el cultivo del trigo y la instalación de molinos para fabricar harina, y su consecuente exportación y venta en el mercado interno y extranjero, generó en las tres décadas siguientes (1840, 1850 y 1860) todos los ingredientes para incentivar desde el mundo privado y también en concordancia con lo que esperaba el gobierno central, el avance y ocupación paulatina del territorio al sur del río Biobío ya no de forma espontánea, sino que con claros fines de colonización por parte del Estado de Chile.

De ahí que sea importante entender el vínculo entre este desastre natural y la particular visión de inversionistas como los arriba mencionados, de apostar por inyectar sus capitales donde estuviera presente el dúo calamidad-oportunidad, dado que, al difundir las potencialidades económicas del negocio molinero, también se vislumbró la posibilidad de ir ocupando más territorios dentro del departamento de Lautaro con ese mismo fin, aunque en un principio se optó por concentrar estas instalaciones al norte del río Biobío.

“La nueva productividad estimuló desde 1835 la formación de estructuras económicas nuevas: las sociedades comerciales que se organizaron para invertir sus capitales principalmente en la construcción de molinos y bodegas [...]. El impacto de comercio triguero y de la industria molinera es muy directo en el crecimiento urbano del litoral de Concepción” (IGM, 2001: 201).

No podemos conjeturar si en ausencia del terremoto de 1835 este interés por la instalación de un hinterland triguero se iba a dar o no, pero la realidad nos demuestra que el sismo fue un factor importante que estimuló a los

inversionistas extranjeros a construir sus molinos, bodegas, muelles portuarios, etc., en zonas que por calidad de sus suelos y cercanía con el mar les permitió enriquecerse, e ir creando un nuevo grupo de fortunas en base a la compra a pequeños y medianos productores de los cereales, gracias a lo cual se lograba abastecer y responder a la demanda del producto que luego era vendido en el mercado nacional e internacional.

También es evidente que debido precisamente a este interés por el trigo y/o la harina, y la necesidad de obtener nuevas tierras para sembrar el cereal, el afán por avanzar más allá del área poblada de Santa Juana, Colcura, Arauco, Nacimiento o Negrete se extendió.

El Estado comenzó a discutir tempranamente la llegada de colonos y desde la guerra a muerte mantuvo contingentes militares en la Araucanía profunda buscando —desde su perspectiva— aplacar a las más hostiles comunidades mapuches, renuentes a reconocer el orden que quería establecer la nueva república de Chile en ambas bandas del Biobío.

No sería correcto creer que la reconstrucción de Concepción —como urbe— fue inmediata. Aun en 1845 Ignacio Domeyko aseguraba ser testigo del desolador estado en que todavía permanecían algunas viviendas penquistas —incluyendo su catedral— pese a que habían transcurrido diez años desde el sismo.

Y es que el renacimiento económico no se evidenció necesariamente en ciudades como Concepción, debido a que la infraestructura que quedaba por reconstruir era mucho mayor a las capacidades económicas de esos tiempos. Además, debe considerarse que la capital del sur, como era denominada, debió acoger a las nubes de mendigos que se asentaron en sus periferias tras el sismo, que es, en parte, con lo que se encontró Domeyko⁸.

Sin embargo, también hacia 1845 hubo personas que ya estaban disfrutando moderadas fortunas a raíz de la economía derivada de la molinería del trigo, pero se establecieron —en primera instancia— en Tomé y sus alrededores, es decir, en sus haciendas. Familias como los Délano, o el mismo Matías Cousiño, habitaron o visitaron frecuentemente esta zona, pues allí concentraron las bodegas, los molinos y las modernas maquinarias a vapor que impulsaron el boom de 1848 a raíz de la explosiva demanda desde los centros auríferos californiano y australiano.

Sería a raíz de esa riqueza que los aires modernizadores tomarían mayor importancia, y los proyectos de transformación de la infraestructura de las ciudades deberían estar

⁸ Uno de ellos fue Ignacio Domeyko, quien en 1845 se internó en la Araucanía con el fin de estudiar a los mapuches y sus costumbres, del cual derivó su obra, publicada en 1846 intitulada Araucanía i sus habitantes.

acorde a ese discurso. Los periódicos de la época son verdaderos cronistas impresos de ese espíritu modernizador, al que se unía un fuerte discurso civilizador. Conceptos como orden, progreso, desarrollo, riqueza, civilización vs. barbarie se volvieron comunes en la prensa penquista desde mediados del siglo XIX – El Correo del Sur, La Unión, El Demócrata – obligando así a la elite a encontrar un símbolo que fuese reflejo de esos avances. La clave se encontró en la modernización de la infraestructura de la urbe situada allende el Biobío. Para la época son descritas grandes mansiones, imponentes palacios institucionales, una renovada plaza con una pila coronada por la diosa de los cereales –Ceres– dando cuenta del impacto e importancia del sector agrícola en la zona. Paralelamente, la minería del carbón se sumaría a los positivos augurios de corte liberal, tan presentes en los periódicos penquistas, progresos que solo tendrían un parón de importancia con la crisis política de 1859 aunque en esa oportunidad no fue acompañada por un terremoto ni un tsunami, sino que por una coyuntura crítica de carácter atmosférico.

A modo de conclusión

Los datos aquí reseñados, dan cuenta del poder destructivo que este tipo de eventos naturales tiene no solo en términos de la alteración de la superficie terrestre, dejando algunas huellas incluso en el paisaje, como lo señalaba Darwin al describir las deformaciones rocosas y los testimonios de los vecinos de Talcahuano y Concepción. El terremoto de 1835 marcó un antes y un después en la historia regional. La lenta reconstrucción de las ciudades, villas y fuertes destruidos por el sismo, hicieron recordar lo ínfimo que es el ser humano en estas situaciones.

Destacable en este aspecto es la destrucción de Concepción, Chillán, Los Ángeles, Florida, Negrete, Nacimiento, Santa Juana, Arauco, mayormente afectados –dada su ubicación geográfica– por el terremoto, y sumado a ello debido al impacto del tsunami, se agregan al listado Tomé, Penco, Talcahuano y Colcura. La infraestructura portuaria y las urbes en sí fueron asoladas. Milagrosamente no fue afectado por las olas marinas Arauco, y la destrucción total, por ende, debe asumirse como parte de los efectos del poderoso sismo y el tipo de construcción de ese entonces. Un poblado menor, pero igualmente destruido, fue el de San Pedro, cuya antigua empalizada, que hacía las veces de fuerte militar, se vino al suelo.

No es menor el hecho de que hubo pueblos que optaron por el traslado –en una materia que por sí sola daría origen a una investigación– algunos de los cuales se concretaron y otros no, Concepción lo quiso, pero un informe acucioso hizo dar marcha atrás; Chillán lo logró, dando nacimiento así a Chillán nuevo y a un Chillán viejo; Santa Juana hizo lo propio, aunque en 1841; Florida y Los Ángeles también

cambiaron su ubicación. Llamativo es que localidades como Tomé, Penco, Colcura, o el mismo puerto de Talcahuano, pese al desastre que les significó el tsunami –a diferencia de los pueblos del interior arriba mencionados– no buscaran su traslado. Seguramente su estrecho vínculo con la actividad marítima y sus proyecciones inhibieron el intento, aunque esto solo queda a la especulación, pues no encontramos documentos que expliquen esta decisión.

La gravedad del sismo también se refleja en la pérdida de vidas. No menos de un centenar de individuos perdieron la vida, en informes que no logran dar una cifra certera. A las personas aplastadas por los gruesos muros de adobe y ladrillo, se sumaron aquellas que perecieron ahogadas por las revueltas olas del tsunami y un desconocido número de fracturados graves que se refugiaron en sus haciendas, donde finalmente perecieron.

En cuanto a la matriz productiva agrícola y ganadera, si bien el ganado perdido en Talcahuano arrastrado por las olas no afectó a la ganadería a gran escala, si hubo destrucción de silos y molinos, en especial al interior del territorio. Los informes de Chillán y Los Ángeles avalan esta afirmación. Las lluvias posteriores solo vinieron a agravar el asunto.

Frente a este escenario, el Estado logró hacer algunas inversiones, sobre todo en cuanto a reparación de edificios públicos, además de permitir el no pago de algunos impuestos y, de este modo, incentivar una rápida recuperación que, en realidad, demoró por lo menos hasta mediados del siglo XIX.

Los sectores populares, por su parte, lograron instalarse en los arrabales de las villas destruidas, buscando con ello algún tipo de protección, asegurándose alimentación y trabajo, dado que las villas iban a tener que ser reconstruidas.

En cambio, se asume que una parte de las familias de raíces coloniales y pertenecientes a sectores notabliares migró a Santiago, aunque algunas ramas quedaron en la zona, cuyos descendientes protagonizaron algunos episodios dentro de la historia fronteriza, tales como la guerra civil de 1851 y 1859, por mencionar los más connotados historiográficamente. Fueron reemplazados por nuevos ricos, inversionistas de origen extranjero, como los Délano, o provenientes del norte chico, como los Cousiño o Rojas.

Agradecimientos:

Al equipo de *Diálogo Andino* por la oportunidad brindada. A Fernando Venegas, por extender la invitación a problematizar nuestro pasado desde la historia ambiental. A los evaluadores del presente artículo, por sus precisas observaciones. Al financiamiento otorgado por la beca ANID N° 21201254.

Referencias citadas.

- Aburto, Héctor; Gutiérrez, Manuel.
1999. *Historia de Coronel*. [s. c.]: J&M Comunicaciones. Punto publicidad.
- Basterrica, José.
2015. "El desarrollo urbano de Chillán desde 1835". En: Cartes, A. (ed.), *Chillán, las artes y los días*, Concepción, Ediciones Archivo Histórico de Concepción: 45-81.
- Campos, Fernando.
1989. *Historia de Concepción, 1550-1988*, Santiago de Chile, Universitaria.
- Campos, Jaime; Hatzfeld, Denis; Madariaga, Raúl; López, Gemma; Kausel, Eduardo; Zollo, Aldo; Iannacone, Giovanni; Fromm, Robert; Barrientos, Santiago; Lyon-Caen, Hélène.
2002. "A seismologic study of the 1835 seismic gap in south-central Chile", en: *Physic of the Earth and Planetary Interiors*, vol. 132: 177-195.
- Darwin, Charles.
2017 [1839]. *Darwin en Chile (1832-1835). Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Edición y prólogo por David Yudilevich, Santiago de Chile, Universitaria.
- De Montessus, Fernando.
1913. "Historia sísmica de los Andes meridionales al sur del paralelo XVI", en: *Anales de la Universidad de Chile*, N°71, tomo 132, Santiago de Chile, Universidad de Chile: 129-176; 251-298.
- Fernández, Manuel.
2007. *Arica 1868 un tsunami y un terremoto*, Santiago de Chile, CIBDA, Universidad de Tarapacá.
- Domeyko, Ignacio.
1846. *Araucanía i sus habitantes*, Santiago de Chile, Imprenta Chilena.
- Guzmán, José Javier.
1836. *El chileno instruido en la historia topográfica, civil y política de su país*. Tomo 2. Santiago de Chile: Imprenta Araucana.
- Instituto Geográfico Militar (IGM).
2001. *Geografía de Chile. Geografía VIII región del Biobío*, Santiago de Chile, Instituto Geográfico Militar.
- Lanza, Carlos.; Urrutia, Rosa.
1993. *Catástrofes en Chile*. Santiago de Chile, editorial La Noria.
- Lara, Luis.; Moreno, Rodrigo; Valdivia, Valentina; Aránguiz, Rafael; Lagos, Marcelo.
2020. "The AD1835 eruption at Robinson Crusoe Island discredited: Geological and historical evidence", en: *Progress in Physical Geography: Earth and Environment*, Vol 45, Issue 2, 2021: 187-206.
- León, Marco.
2015. *Estudios sobre la capital del sur. Ciudad y sociedad en Concepción 1835 – 1930*. Concepción: Ediciones del Archivo Histórico de Concepción.
- León, Marco, 2014.
Cultivando un ser moral, Chillán, ediciones Universidad del Bio-Bío.
- Letelier, Valentín.
1887-1908. *Sesiones de los cuerpos lejislativos*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.
- Lomnitz, Cinna.
2004. "Major earthquakes of Chile: A Historical Survey, 1535-1960", en: *Seismological Research Letters*, vol. 75, num. 3: 368-378.
- Mazzei, Leonardo; Pacheco, Arnoldo,
1985. *Historia del traslado de la ciudad de Concepción*. Concepción: Universidad de Concepción.
- Mazzei, Leonardo.
1995. "Olof Liljevalch: Una trayectoria empresarial en la región de Concepción (1825-1853)". En: *Revista de Historia*, año 5, vol. 5, Concepción: 182-202.
- Mazzei, Leonardo.
1998. "Gestiones empresariales de un norteamericano en Concepción en el siglo XIX: Guillermo Gibson Délano". En: *Revista de Historia*, 8 (8), Concepción: 175-194.
- Mazzei, Leonardo.
1998. "Terratenientes de Concepción en el proceso de modernización de la economía regional en el siglo XIX". En: *Historia*, 31, Santiago de Chile, 179-215.
- Mazzei, Leonardo.
1999. "Matías Cousiño antes de Lota: Formación y proyecciones de un empresario minero". En: *Atenea*, 480, Concepción, 85-128.
- Mazzei, Leonardo.
2015. *Historia económica de la región de Concepción*. Concepción: Ediciones del Archivo Histórico de Concepción.
- Montessus de Ballore, Fernando.
1913. "Historia sísmica de los andes meridionales al sur del paralelo XVI", en: *Anales de la Universidad de Chile*, N°71, tomo 132: 129-176 y 251-288.
- Onetto, Mauricio; Palacios, Alfredo.
2018. *Historia de un desastre, relatos de una crisis: Concepción, 1751-1765*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.

- Palacios, Alfredo.
2015. *Entre ruinas y escombros. Los terremotos en Chile durante los siglos XVI al XIX*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Palacios, Alfredo.
2016. *Fuentes para la historia sísmica de Chile*. Santiago de Chile: DIBAM-CIDBA.
- Palacios, Alfredo.
2016. *Historia ilustrada de los megaterremotos ocurridos en Chile entre 1647 y 1906*. Viña del Mar, Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Ruiz, Sergio; Madariaga, Raúl.
2018. "Historical and recent large megathrust earthquakes in Chile", en: *Tectonophysics*, 733: 37-56.
- Salazar, Gabriel.
2000. *Labradores, peones y proletarios*. Santiago de Chile: LOM ediciones.
- Solano, Francisco.
1867. *Diccionario Jeográfico de la República de Chile*. D. Appleton & Ca: New York.
- Stewart, Daniel.
2019. "Historical tsunamis in the Concepcion bay, as seen in the reconstructed flood levels from the colonial city of Concepcion (Penco), Chile (1570-1835)", en: *Revista de Historia*, N°26, vol. 2, Concepción: 97-127.
- Stewart, Daniel.
2020. "Recalibrando el terremoto del 8 de julio de 1730 en Valparaíso, Chile: dando contexto histórico a las fuentes primarias", en: *Revista de Historia*, N°27, v. 2, Concepción: 103-141.
- Sutcliffe, Thomas.
1839. *The Earthquake that ocurre don the island of Juan Fernández and Talcahuana in the year 1835*. London: Longman, Orme an Co[mpany].
- Udías, Agustín; Madariaga, Raúl; Buforn, Elisa; Muñoz, Daniela; Ros, Manuel.
2012. "The large Chilean Earthquakes of 1647, 1657, 1730 and 1751 from Contemporary Documents", en: *Bulletin of the Seismological Society of America*, v. 102, n°4: 1.639-1.653.
- Urbina, María Ximena; Nicolás Gorigoitia; Marco Cisternas.
2016. "Aportes a la historia sísmica de Chile: el caso del gran terremoto de 1730". En: *Anuario de Estudios Americanos*, 73, 2. Sevilla: 657 – 687.
- Venegas, Fernando.
2014. *De Tralca-Mawida a Santa Juana. Despliegue histórico de una localidad en la Frontera del Biobío (1550 – 1980)*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Vicuña, Benjamín.
1868. *La Guerra a muerte*. Santiago de Chile, El Mercurio.
- Worster, Donald.
2008. *Transformaciones de la tierra*. Montevideo (Uruguay): Coscoroba.

Archivos y fuentes documentales.

Archivo Nacional Histórico de Chile, Ministerio del Interior (ANH.MI), volumen 156.

Archivo Nacional Histórico de Chile, Notarios de Valparaíso (ANH.NV), volumen 54.